

## *Península<sup>1</sup>*

La península en sí es excepcional, aunque esta localidad es incluso más especial. No importa cuántas veces esté aquí, siempre siento algo difícil de expresar. Una estrecha lengua de tierra se adentra en el mar como si fuera un golfo. ¿Se puede acaso considerar a esta pequeña franja una barrera terrestre sólida? Por supuesto que no. Si cualquier tormenta fuerte entrara en la península, el golfo dejaría de existir. ¿Así que, qué es? ¿Una realidad o una ilusión?

Para cualquier amante del mar, estar aquí es toda una fiesta. Para un burgués, es ennoblecerse y pasar a la categoría de un pescador, de un corsario, de un pirata, o al menos, de un grumete que siente aquí la infinidad del agua que lo rodea. Es volver a uno mismo, a las viejas vivencias y anhelos. Es ver el mundo con los ojos de un niño, con los vivos colores de la juventud y ver los lugares conocidos como si fuera la primera vez. Es redescubrirlo todo y embelesarse con el encanto de algo irreplicable, así como con la belleza de lo que ha nacido hace poco tiempo.

Cuando me preguntan qué significa para mí este lugar de la península, respondo sin vacilar que es la experiencia más maravillosa en el camino hacia el conocimiento de la belleza. Es el olor del cuerpo de Ewa, una rubia con el pelo suelto acariciado por el viento y con el rostro curtido por el viento y el sol. Es una noche de luna en la que dos seres, en la playa, han hallado refugio seguro en un cesto de mimbre y se sumergen en el sabor sin fin de los primeros besos. Es el temblor de unas manos entrelazadas y el calor de unas cabezas pegadas, que resulta tan agradable en el incipiente frío del amanecer. Es el roce del primer encuentro entre ráfagas de viento que trae el omnipresente polvo dorado. Es la nana que entonan las olas del mar al romper rítmicamente contra la arena. Es el murmullo del agua entre las piedras arrastradas hasta la orilla.

Es el haz de luz de un faro que, por la noche, inclemente atraviesa una y otra vez la playa, el cesto y a la pareja enamorada que se abraza, mientras desean con todas sus fuerzas la intimidad. Una intimidad, que está llegando inevitablemente a su final. Ninguno puede saberlo, por lo que gozan del arrebató de pasión. Si son sensibles y se sienten en paz consigo mismos, la separación no borrará el encanto de esos maravillosos momentos.

---

<sup>1</sup> El texto trata de la Península de Hel en Polonia y de una de sus localidades: Jastarnia.

En fin, yo puedo hablar por uno de ellos. En cuanto a Ewa, sigo sin haber tenido la posibilidad de preguntárselo.

Este lugar es el recuerdo de los días en los que una niebla impenetrable cubría la península. Está en todas partes y lo cubre todo. Cuando flota, no se puede distinguir el mar de la tierra, los edificios de los coches ni los barcos de los botes. Unas figuras invisibles se adentran en la densa textura y se funden con los árboles y los contornos de casas. Las calles desaparecen y las lámparas inertes se convierten en obstáculos contra los que uno se tropieza fácilmente.

Es el sonido en el que se alternan los pitos agudos y las incesantes sirenas que intentan atravesar la niebla para indicar la entrada al puerto a los barcos y a los botes pesqueros perdidos en algún lugar del agua infinita. Es un blanco espeso inimaginable que mata toda actividad. Hay que vivirlo para entender lo indefenso que se queda un marinero ante el silencioso fenómeno.

Y de repente, todo cambia cuando, como por encanto, desaparecen los espejismos blancos y vuelve a brillar el sol con una fuerza irreal. Y vuelve a verse todo, allí, hasta el horizonte, en un cielo prácticamente despejado. No podemos creernos que haya tenido lugar una tragedia, al mirar la alegre naturaleza. La magnitud de la metamorfosis le deja a uno de piedra.

De nuevo, la arena dorada de la playa vuelve a extenderse por toda la amplia superficie que va desde la duna hacia el mar. La duna está cubierta por un bonito y denso pinar, que en algunas zonas se entremezcla con árboles de hoja caduca, helechos y arbustos. El olor de las piñas y de las hojas de los pinos, se mezcla con el olor a algas.

El aura insondable de la península nos sumerge en la naturaleza, nos permite respirar profundamente el aire del mar, que atraviesa con su humedad nuestra ropa y nuestros cuerpos. Es un hecho que la estancia aquí se asemeja a pasar las páginas de nuestro álbum de fotos preferido en el que cada fotografía nos trae a la memoria recuerdos, acontecimientos, situaciones y gente que no podemos olvidar.

Es el hecho de que estoy en el lugar de veraneo de los polacos durante el período de entreguerras, entre ellos, mi padre. De niño, él observaba a los pescadores que salían a pescar desde el puerto ubicado en el golfo. A veces pescaban en unos barcos pequeños a mar abierto. Las redes, sacadas de las profundidades del mar, sujetas a unas varas, a día de hoy siguen desprendiendo olor a pescado y a algas verdes y marrón oscuro.

Es un lugar de renovación de la fe católica ya que, cuando el tiempo es cambiante y caprichoso y los hombres salen a pescar, sus mujeres rezan con fervor. Solo la fe en Dios permite a las personas sobrevivir y seguir adelante. Y es que, cuando un inesperado fenómeno natural destruye todo, ¿de dónde se puede esperar que venga la ayuda?

En la alta torre de la iglesia de Santa María, de ladrillo rojo y construida antes de la Segunda Guerra Mundial, las campanas doblan y su sonido llega al corazón y a las mentes. Desde púlpito en forma de un barco, siempre inundado por tormentosas y espumosas olas se difunden palabras de ánimo y de fe en el Altísimo. Es Él quien indicará el camino de vuelta a casa a los que se han perdido en el mar y, a sus familias, las insuflará fe, esperanza y amor.

La gente que vive aquí es fuerte; los hombres son robustos y toscos y las mujeres, trabajadoras. Aquí, la solidaridad no es una palabra vacía, sino algo natural y común. Estar entre ellos, tener amigos, es un verdadero honor. A pesar del transcurso del tiempo, mantienen su dialecto, tan particular y diferente al idioma de sus vecinos. Su nombre, “Kaszëbë” tiene un poder mágico. Ahora renace con gran fuerza, como las personas que no permitieron que se les arrebatara su nacionalidad. Los Konkel, los Selin, los Kohnke, los Budda y otras muchas familias más viven aquí desde hace siglos. Una de ellos es Gabrysia, de piel clara y pelo blanco como el lino, la nieta de la abuela Miller que, junto con su marido Stefan Budda y sus hijos, vive en una casa de la calle Księża Sychty, en honor a un cura activista de la región de Casubia.

Este lugar también es un tren que hace sonar con fuerza el silbido para anunciarse antes de cada camino de peatones que lleva hacia la playa. Es el estrepitoso sonido de las ruedas y de los árboles que crecen en la duna, que van pasando fugazmente del otro lado de la ventanilla del vagón y entre los que se deja ver, de vez en cuando, el mar azul.

Es también un premio que la naturaleza regala a los coleccionistas y a los amantes de las tormentas: trozos de ámbar que el agua ha arrastrado a la orilla y una dosis extra de yodo: impagable.

Es una vista del lado del golfo donde el agua es más caliente. Allí, las algas espuman más de lo normal, imágenes que pude captar en un vídeo desde el helicóptero Bell. Es un cine pequeño, “Żeglarz” (marinero en polaco), la capitania del puerto, y un viejo puerto de pescadores con un penetrante olor a pescado, a redes tendidas al viento, el olor al humo que

desprenden los coches de gasolina, y el graznido de las gaviotas. Desde aquí, se puede emprender un viaje a mundos lejanos.

Es bucear con un arpón de varios dientes junto a una pequeña linterna situada a la entrada del puerto y sacar, triunfante, como un necio, la carne grasa serpenteante de unas anguilas negras. Es también un moderno hotel levantado en la duna donde antes de la guerra se erigía un popular balneario y el sabor divino del bacalao pescado por la noche hecho en la famosa cocina de Wawrzyniak. Estoy seguro de que conocéis este lugar y de que sentís por él tanto cariño como el que siento yo.

Copyright © Wojciech Wilczyński

La primera publicación en polaco 2017

Titulo original en polaco

*Wiecie dobrze, co to za miejsce, ale... poczytajcie*

Traducido del polaco por Paulina Nalewajko Varsovia 2018 ISBN 978-83-947605-0-2